





















relato, a la crónica, aun a la conseja, su sentido dentro de un discurso coherente; que es capaz de permitir a otro esa evocación que él ha conseguido —a base justamente de imaginación— sobre los datos conservados, hurgados, descubiertos. Pero sólo muy rara vez se deja don Manuel llevar por la tentación de ir más allá de lo que las trazas conservadas le permiten: “Quizás el que en vida fue apodado ‘el duende’ lo sea ahora, efectivamente, y en las noches solitarias salga de su tumba y ronde por el espacioso templo de San Agustín, lamentándose con lúgubres gemidos de que tan sagrado recinto se halle convertido en mansión de libros... y de ratas!”<sup>13</sup>

Autor consciente del grado de sentimiento que hace entrar en su obra histórica, que entiende el historiar de la “vida social” como una evocación de esa vida, a su vez considerada como una obra de arte. Uno de los pocos que entre nosotros han intentado recrear el tono de una época a partir de las anécdotas mismas; parco, pero riguroso, que contempla un rasgo de la sociedad colonial como un objeto artístico. Del trabajo de don Manuel Romero de Terreros puede repetirse lo que don Luis González Obregón dijera, que desentrañaba sus evocaciones, con arte y amor, de papeles olvidados, para ofrecerlos “como hábil orfebre que cincela con plata u oro antiguo, ricas y hermosas joyas nuevas”.

<sup>13</sup> *Idem*, p. 176.